

ORACIÓN INICIAL

Señor mío Jesucristo, que por amor a los hombres estas día y noche en este Sacramento, lleno de misericordia y amor, esperando, llamando y acogiendo a cuantos vienen a visitarte; creo que estás presente en el Santísimo Sacramento del Altar; te adoro desde el abismo de mi nada, te doy gracia por todos los beneficios que me diste, y especialmente por haberme dado todo a mí en ese Sacramento, por haberme concedido por abogada a María, nuestra Madre santísima y por haberme llamado a visitarte en este lugar santo. Saludo hoy a tu amantísimo Corazón, y es mi intención saludarlo por tres fines: el primero, para darte gracias por tan insigne don; el segundo, para reparar las injurias que recibiste de todos los enemigos en este Sacramento, y el tercero, para adorarte desde aquí en esta visita, en todos los lugares de la tierra donde estás sacramentado con menos culto y más abandono. Jesús mío, te amo con todo mi corazón. Me arrepiento de haber ofendido tantas veces en mi vida pasada a tu bondad infinita. Propongo mediante tu gracia no ofenderte más adelante; y ahora, miserable como soy, me consagro enteramente a Vos, renuncio a mi voluntad, a mis afectos, a mis deseos, a todo lo que me pertenece, y te hago de ello donación. En adelante hace de mí y de todas mis cosas cuanto te guste. No te pido ni quiero otra cosa que tu santo amor, la perseverancia final y el perfecto cumplimiento de tu voluntad. Te encomiendo las almas del Purgatorio, y en particular las más devotas del Santísimo Sacramento y de María Santísima. Te encomiendo también a todos los pobres pecadores. Por fin, oh Salvador amantísimo, uno todos mis afectos a los de tu amantísimo Corazón, y así unidos los ofrezco al eterno Padre, pidiéndole en tu nombre se digne aceptarlos, y oiga mis súplicas por amor a ti.

MEDITACIÓN

Dice Jesucristo que nuestro corazón estará donde esté nuestro tesoro. Por esto los Santos, que no estiman ni aman otro tesoro que a Jesucristo, tienen su corazón y todo su amor en el Santísimo Sacramento. Amabilísimo Jesús mío Sacramentado, que, por el amor que me tienes, estas de noche y día encerrado en ese Sagrario; atrae, te lo ruego, todo mi corazón de tal suerte que no piense sino en Vos, ni ame, ni busque, ni espere otro bien que poseerte. Hacelo por los méritos de tu pasión, en cuyo nombre te lo pido y lo espero. Ah, Salvador mío Sacramentado y amante divino, ¡cuán amables son las tiernas invenciones de tu amor para lograr que las almas te amen! Oh, Verbo eterno, no te contentaste con hacerte hombre y morir por nosotros, sino que nos diste además este Sacramento por manjar, por compañía y por gloria. Te disgnaste a aparecer entre nosotros, ya como niño en un establo, ya como pobre en un taller, ya como reo en una Cruz, ya como pan en el altar. Decime: ¿Qué más puedes inventar para que te amemos?... ¡Oh, amabilidad infinita! ¿Cuándo empezaré a corresponder de verdad a tantas finezas de amor? Señor, no quiero vivir sino para amarte a Vos solo. ¿De qué me sirve la vida, si no la empleo toda en amarte y complacerte a Vos, amado Redentor mío, que empleaste tu vida entera en mi bien? ¿Y a quién he de amar sino a Vos, que sos todo afable, todo bueno y todo amable? Que mi alma viva solo para amarte; que se inflame en amor con sólo recordar tu amor; y al oír mencionar el Pesebre, la Cruz, el Sacramento, arda toda en deseos de hacer grandes cosas por Vos, oh Jesús mío, que tanto hiciste y sufriste por mi.